

Andrea Kottow

Pedro Adrián Zuluaga. *Literatura, enfermedad y poder en Colombia: 1896-1935*

Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2012. 165 págs.

Andrea Kottow es profesora y directora de la Licenciatura en Letras, mención Literatura, del Departamento de Humanidades en la Universidad Andrés Bello, Santiago de Chile. Doctora en Historia de la Medicina (Dr. Rerum medicarum), Freie Universität Berlin (Universidad Libre de Berlín). Ha publicado varios artículos en revistas especializadas internacionales y es autora de *Der kranke Mann. Literatur und Geschlecht und 1900* (Campus Verlag, 2006). Correo electrónico: akottow@unab.cl

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>

doi:10.11144/Javeriana.CL18-36.pazl

Cómo citar esta crítica:

Kottow, Andrea. Crítica de *Literatura, enfermedad y poder en Colombia: 1896-1935*, de Pedro Adrián Zuluaga. *Cuadernos de Literatura* 18.36 (2014): 388-391. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.CL18-36.pazl>



LA PROPUESTA DESDE la cual se articula el libro *Literatura, enfermedad y poder en Colombia* tiene relación con pensar las formas específicas que adoptó la modernidad en América Latina en el momento de su problemática asunción a finales del siglo XIX y sus maneras de reelaboración en las primeras décadas del XX. Quizás con la enunciación de esta premisa nos estemos haciendo cargo, en primer lugar, del tercer término de la tríada que conforma el título del volumen: hablar de modernidad implica, pues, reflexionar sobre el poder y sus manifestaciones múltiples y omnipresentes, sobre las oblicuas formas que asume este poder en tiempos modernos. Un poder cuyos mecanismos de funcionamiento —entendidos en términos de Foucault— no solo restringen, cohiben, excluyen, sino posibilitan, producen, constituyen. Entonces, el punto de partida sería la instalación del imaginario de la modernidad en un país latinoamericano —Colombia— y las posibilidades de configurar al sujeto y la colectividad en él, específicamente, desde el espacio estético. Con este enunciado hemos transitado del último término del título a la noción que lo encabeza: la literatura. Es desde el discurso literario, y con relación a él, que el autor despliega su observación y argumentación, lo que no redundaría en un discurso esteticista, preocupado exclusivamente por lo formal, sino que demarca un objeto de estudio desde el cual nacen las preguntas que el autor se formula. ¿Cómo se expresa, así, el intento de adopción de las premisas modernas, desde los discursos literarios y en un país del continente sudamericano?

El tercer término que integra el título es el de enfermedad; probablemente se trate de aquel que le entrega el sello más particular al proyecto de Pedro Adrián Zuluaga, pues posiciona la interrogante dentro de un campo de temas y problemas específicos: el de la patología. La enfermedad es entendida, tal como expresa el mismo autor en sus palabras introductorias, como “un lugar de *agenciamiento*” (11), lo que implica comprenderla en cuanto compleja construcción social, atravesada por fuerzas políticas, entendida como un lugar de disputa, en el cual y a través del cual se lucha por la atribución y transmisión de significados. La enfermedad, y en ese sentido se vuelven a reconocer en el texto las huellas de Foucault, se entiende con la doble impronta biopolítica que tendrían los discursos en torno a la enfermedad a partir de la modernidad, identificada por el filósofo francés en *La voluntad de saber*, que involucra tanto el cuerpo individual como el cuerpo social. Así, la enfermedad se constituye como un *topos* especialmente sensible para revisar los alcances —los éxitos, fracasos, defensas y cuestionamientos— del proyecto moderno.

Se reconocen dos grandes polos de referencia en *Literatura, enfermedad y poder en Colombia*. Está, por un lado, el proceso de la medicalización, a partir del cual un número creciente de discursos, prácticas, instituciones y disciplinas adoptan un sistema valórico que se mide con relación a los términos de salud y

enfermedad y, por el otro, el discurso estético que entra en diálogo, a partir de su utilización simbólica de lo saludable y lo enfermo, con estas otras prácticas discursivas. ¿De qué modo participa el discurso literario de las significaciones que salud y enfermedad van adquiriendo?

Para dilucidar la respuesta, el autor analiza tres novelas colombianas escritas entre 1896 y 1935: *De sobremesa* de José Asunción Silva, *El criminal* de José Antonio Osorio Lizarazo y *Amelia* de Guillermo Franky. La novela de José Asunción Silva funciona como obra emblemática del modernismo literario latinoamericano, colmándose de referentes europeos del *fin de siècle*, desplegando un esteticismo antiburgués, que comprende el tópico de la enfermedad. *Amelia* de Guillermo Franky, una novela publicada en 1924 sin reediciones posteriores, es un texto caído en el olvido, en el que la enfermedad tematizada es la lepra, a partir de la cual se abren interrogantes acerca de la concurrencia y competencia entre modelos interpretativos de la patología desde el discurso religioso y desde los saberes médicos. *El criminal* de Osorio Lizarazo, publicada en 1935, época en la que la urbanización y la aceleración en los procesos modernizadores abren nuevos campos temáticos para la literatura, que incorpora sujetos sociales anteriormente marginados del campo literario, problematiza a través de la sífilis que contrae su protagonista los determinismos hereditarios y degenerativos propios del imaginario de la eugenesia e higiene de la época.

Probablemente el capítulo dedicado a *De sobremesa* de Silva sea el que presente el análisis literario más fino y acabado. Zuluaga se hace cargo de la estética y filosofía modernista, de su ambigua posición respecto a la moral burguesa que, como bien plantea Susan Sontag en *La enfermedad y sus metáforas*, tiene en su centro el cuerpo del sujeto, en reemplazo de la sangre azul que enalteciera a la aristocracia. Así, la salud pasa a ser el bienpreciado por excelencia de la burguesía, su engranaje de identificación y funcionamiento. La enfermedad, consecuentemente, forma parte de una mesa de operaciones a partir de la cual corroer y cuestionar el mundo valórico burgués. La enfermedad entra en línea con el esteticismo, una aristocracia del alma que se vuelve cifra distinguida respecto de la normalización y homogenización impulsada por la burguesía. Tanto la enfermedad —de alma y cuerpo, habría que subrayar— como el sentido estético son rasgos de excepcionalidad de un sujeto que teme por su singularidad en un mundo cada vez más administrado. Desde la conversión de su vida enferma en obra de arte, José Fernández, protagonista de la novela de Silva, cuestiona el saber médico, relegado a un insensible funcionalismo científico.

La lepra en la novela melodramática *Amelia* afecta a la protagonista homónima, quien no puede ser salvada por su amante y médico. Más que el análisis

mismo que ofrece Zuluaga de la novela, que, me parece, se enreda en las mismas contradicciones que atribuye a la novela —vinculadas a la (in)movilización social en la sociedad rural colombiana de comienzos del siglo XX—, es interesante el gesto de incluir en el mapa que propone *Literatura, enfermedad y poder en Colombia* una novela ampliamente desconocida —no solo fuera de Colombia, como el mismo autor señala situándola en el mismo trazado de un texto central del canon literario latinoamericano, como lo es *De sobremesa*. Estas reubicaciones vuelven visibles otros aspectos de los textos que desde una mirada concentrada en la calidad estética caen fuera de la atención crítica. *Amelia*, leída desde la “imaginación melodramática”, ejemplifica una literatura de consumo que puede hacer comprensible algunas ansiedades de la sociedad de comienzos del siglo XX, en un continente que, como el latinoamericano, está simultáneamente atravesado por el anhelo de una modernidad desarrollista y una confrontación a sus limitaciones.

La novela de Osorio Lizarazo, *El criminal*, se sitúa en el espacio urbano de una ciudad en transformación en la que los discursos en torno a la herencia y la degeneración surcan las ideas sobre salud y enfermedad. Estas temáticas se van entremezclando con tópicos relacionados con la marginación social, entre los que se encuentran la sífilis y la criminalidad. Nuevamente puede observarse que el tema de la enfermedad vehicula posibilidades de cuestionar el mundo burgués y sus deseos de normalización, pues la ciudad se presenta como el lugar paradójal donde estas ambiciones encuentran su plasmación, pero en el que, a su vez, se abren múltiples puntos de fuga.

Los tres estudios literarios que Zuluaga propone evidencian la complejidad y riqueza del tópico de la enfermedad; cada obra literaria y cada una de las enfermedades ahí significadas traen consigo otros imaginarios y otros caminos que recorrer. A su vez, el libro propone una mirada sincrónica que se hace cargo de transformaciones en las realidades sociales y en las estéticas ahí surgidas. Me parece que en esta visibilización de un entramado hay una invitación implícita por parte del autor a visitar y revisitar, a la luz de la enfermedad, una serie de obras literarias que participan de estas problemáticas. Y en eso consiste también una de sus mayores virtudes: en revelar, desde diversos ángulos y considerando un gran número de variables —entre otras, contextos históricos, discursos científicos, procesos sociales, tendencias estéticas, cuadros patológicos—, un campo de estudio que en el contexto latinoamericano cuenta aún con escasos cultivadores. Si bien hay tradiciones críticas, como la argentina, que presenta figuras emblemáticas en este ámbito de reflexión —Diego Armus en la historia y Gabriella Nouzeilles en los estudios literarios, por ejemplo—, otros espacios, e incluyo aquí también el chileno, se muestran todavía colmados de obras por releer, enfermedades que diagnosticar y modernidades que revisitar.